

## ***Territorios impunes: de la crítica en las presentaciones y el problema de lo inpoético***

Omar Baca\*

Me aclaraba un amigo que una invitación a presentar un libro es una invitación para hablar bien de éste. Me parece una costumbre terrible y deleznable. Un síntoma más de esa peste de corrección política que tanto aprecian los académicos y los escritores con ansias de ser aplaudidos. No puedo negar que mi amigo tiene razón, pero tampoco puedo estar de acuerdo. Ignoro el oficio de publicista, por lo cual he de resignarme a las pocas intuiciones de crítico que he adquirido con mis lecturas. Advierto que no me interesa el futuro comercial de éste ni de cualquier otro texto. Me interesa tan sólo su sustento literario. No hallo razón para hablar positivamente de algo nada más porque sí, porque hay que venderlo, porque esto es una fiesta. Se comete una gran injusticia al someter la literatura a tal banalidad. Por lo tanto, debo advertirles de un pequeño cambio en el formato. Lo que está a punto de acontecer no es otra presentación con final feliz, sino una crítica con todas las intenciones de ser sincera.

También me permito aclarar que esto no es un ataque contra el escritor —al cual no conozco, por lo que no tengo ningún motivo para ofenderlo o difamarlo. Todo lo dicho aquí se refiere a lo escrito, no a quien lo escribió. El propósito de mi participación no es dictaminar si el libro es bueno o malo —pues ese derecho pertenece a los lectores—, sino sencillamente opinar sobre algunos de sus aspectos. Mis opiniones, por supuesto, están dispuestas a ser enjuiciadas y sometidas a diálogo.

Hechas estas advertencias, inicio mis observaciones. La obra tiene sus defectos y sus aciertos. Algunas partes padecen un doble filo. A la vez se logran y a

la vez fallan y decepcionan. Por ejemplo, el título. Sin haber leído nada más que la contra y el nombre de la novela, me llené de expectativas. No tardé mucho en defraudarme. Quise pensar en la frase *Territorios impunes* como la promesa de un texto dispuesto a meterse en los conflictos juarenses y no encontré nada de eso. Una profesora me decía que el tema de la violencia en Juárez es un tema trillado. Tiene razón en cuanto al tema, pero no en cuanto al conflicto. Los males de esta ciudad están medianamente planteados y pobremente pensados. Si nos parece un tema trillado se debe a la superficialidad de los escritores y los periodistas que lo tocan. Nos aburre porque no se escribe de él como de un conflicto, sino como de una fotografía inocua. En la novela de Alfredo Espinosa, los feminicidios y la violencia son temas periféricos, abordados con ese falso dramatismo y esa flojera intelectual a la que malamente nos hemos acostumbrado. No es imposible ser reflexivo al respecto, puesto que Bolaño lo ha hecho con *2666*. Juárez necesita de una literatura dispuesta a enfrentarse con la complejidad del mal y de la violencia. Juárez necesita un escritor que traspase el simple lloriqueo y se atreva a analizar la crudeza y el caos de su condición maldita. Espinosa no es ese escritor. Pero esa carencia no significa del todo un defecto. Aunque así se anuncia, *Territorios impunes* no trata sobre Ciudad Juárez. Ni análisis de la impunidad, ni crítica social. La obra de Espinosa en realidad es sólo un acercamiento —tampoco muy profundo— hacia el deseo. En ese punto, el título es una sorpresa. Los verdaderos territorios que explora son los territorios del instinto sexual. La metáfora de la frase despierta



La escritura de Espinosa padece de lugares comunes, sensualismo barato, diálogos insufribles, metáforas simplonas, sobrecargadas y excesivas.

cierta oscuridad. Lo de impunes, sin embargo, siempre queda sobrando.

No es lo único que se encuentra de más. A la novela le falta limpieza, sobre todo en la prosa y en la narración. La escritura de Espinosa padece de lugares comunes, sensualismo barato, diálogos insufribles, metáforas simplonas, sobrecargadas y excesivas. El artificio de su lenguaje termina por romperse a sí mismo. La propia estructura de los tropos embarra el texto. Tomo como ejemplo las referencias a la vagina durante el primer encuentro de Mitre con A.:

Mírala bien, Alfonso Mitre, ¿temes a esa cosa pequeña, a esa colmena de abejas africanas, ese manantial empozado que se protege con hierbas hirsutas? ¿A ese animalito de peluche, taciturno y perezoso? ¿Temes ser devorado por sus invencibles dientes? ¿Chupado, tragado? ¿Te aterriza estar dentro de él, en cautiverio, y ser alimentado con alpiste o bananas? ¿O que pese a estar abierta de par en par la puerta, tú no quieras escaparte?<sup>1</sup>

La vagina fatal, repetida hasta el cansancio por imágenes archiconocidas y ridículas, no pasa de un chiste involuntario o una imagen sosa. En sus intentos por ser poética, la prosa de *Territorios impunes* acaba por ser todo lo contrario. Digamos que es una prosa inpoética. En su sentido prístino, poesía significa creación, redescubrimiento, epifanía. Heidegger explicaba la *poiesis* como la caída de una cascada cuando la nieve comienza a derretirse. Rulfo es poético porque rompe, sorprende y crea. Pero en la escritura de Espinosa nada es creado, nada se renue-

va. Más bien se avieja, se asienta en un dogma bobo. No rompe ni redescubre. No encontramos nada nuevo, sino, precisamente, esas metáforas gastadas que ya no queríamos encontrar.

Tanto quiere sorprender al lector que lo ahoga. No deja ningún silencio. Páginas y páginas llenas de obviedades y de información que bien se pudo quedar oculta. Espinosa se engolosina en su historia y se olvida de dejarle algún espacio a su remitente. No busquen incertidumbres. Aquí todo está claro y dicho. Una ventaja: si la leen se tendrán que ahorrar las reflexiones. Porque, si bien la obra parece tratar asuntos difíciles y complejos, tras esas apariencias sólo hay simplonerías. Por ejemplo, este aforismo superfluo maquiulado de gran pensamiento: "El hombre necesita lo que en él hay de maligno para conseguir lo que hay en él de mejor". A la pedantería de estas reflexiones mal acomodadas hay que añadir las citas cultas empleadas de forma snobista y los diálogos con Ábrego, los cuales sufren de una cursilería inverosímil. La novela es ante todo solemne. Pero de una solemnidad intrascendente, una seriedad que aburre. Y no sólo es simplona en su solemnidad y sus reflexiones, sino también en la forma de concluir los conflictos. La intuición de haber sido homicida que siente Mitre al final sólo es un recuerdo mal recordado de su padre ahorcándolo. No es el único caso que podría citar, pero no quiero abusar del spoiler.

También simples y superfluos son los personajes. Esto no representa necesariamente un problema, pero a esas características hay que sumar lo inverosímil. Salvo algunos presos, ningún personaje habla como juarense. De hecho, ninguno

Desde la boca de un criminal, Espinosa describe un asesinato con varios vértices, otorgando al lector una secuencia que lo hará desembocar en una catarsis impredecible.

habla como persona. Sus diálogos son los de entes demasiado retorcidos por la artificialidad literaria. De nuevo, debajo de esa poesía, sólo hay estructuras psicológicas simples, planas, con algunas excepciones de interés. Pareciera una novela intimista, pero los personajes nunca intiman lo suficiente, siempre son dramáticos o torpes. O estrictamente funcionales, como las mujeres. *Territorios impunes* contiene un machismo involuntario y un desconocimiento de la conducta femenina que sorprenden en cualquier novela del siglo XXI con intenciones serias. Las mujeres, en la obra de Espinosa, no son más que vaginas con patas. Salvo una feminista de cartón que aparece insignificantes veces, el resto de los personajes femeninos no sabe hacer otra cosa que coger —y coger alocadamente—, como ninfómanas, como monstruos sexuales siempre dispuestas, siempre esclavas del hombre. Porque el erotismo —también infectado de solemnidad y grandilocuencia— sigue las estructuras comunes: macho dominante, hembra complaciente. Se le niega cualquier complejidad a la sexualidad femenina y se dan casos de incoherencia donde un personaje que anunciaba profundidad decae en la simpleza sexual. Aunque es posible que la planicie de los personajes femeninos también se deba a la palidez de los masculinos. El caso más ejemplificante es el protagonista. Mitre quiere ser interesante, pero sólo es patético. Ese triunfo que obtiene en el último capítulo no hace sino reducir al ridículo todos los traumas que había planteado, porque la novela tiene un final feliz: los personajes triunfan, según ellos, impunes; un final sorpresa, además, pero que no sorprende; el punto culminante

del romanticismo cursi que colorea toda el texto.

Concluiré refiriendo aquello que considero un logro literario en la novela. Se trata de tres episodios derivados. El primero es la narración de los arrestados por un feminicidio. El lenguaje y la narración son sinceros. Desde la boca de un criminal, Espinosa describe un asesinato con varios vértices, otorgando al lector una secuencia que lo hará desembocar en una catarsis impredecible. Esa escena es quizá el único espacio donde el lector puede participar con amplitud. El otro episodio, el del empresario y Trudi, aunque inverosímil y cursi en ratos, intriga de manera sorprendente. Además, Trudi, quizá por la incertidumbre que deja, es el único personaje auténticamente problemático. La derrota del empresario, si bien desaprovechada por la narración, permite una lectura suficientemente excitante.

El episodio de la Hiena, en un inicio, también interesa bastante. Si bien al final la historia del personaje se echa a perder por una incoherencia intragable, las formas de su locura, con una preciosa ambigüedad entre lo demoníaco y lo divino, alcanzan a formular una historia de una complejidad que se basta a sí misma, sin necesidad de la trama central.

\*Estudiante de la Licenciatura en Literatura Hispanomexicana de la UACJ.

<sup>1</sup> Alfredo Espinosa, *Territorios impunes*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez, 2010, p. 22.